



DESPUÉS DEL HAMBRE

Pilar Garzón

DESPUÉS DEL HAMBRE



Primera edición: junio de 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Pilar Garzón

ISBN: 979-13-87814-44-1

ISBN digital: 979-13-87814-45-5

Depósito legal: M-12629-2025

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A los que aman el Planeta.
Si hay futuro,
les corresponde a ellos
conducir la especie humana
hasta donde se encuentre.*

PRÓLOGO

Un aire suave va levantando pequeñas nubes de polvo entre las ruinas de lo que fue la ciudad ignorada. El polvo es, en realidad, la vida última de los restos de la sociedad que albergaron esos muros hoy caídos. A lo largo del tiempo, el polvo abriga para el olvido los recuerdos que quedaron atrapados en el interior de la paredes así como los lienzos protegen de la carcoma esos viejos muebles del salón al que nadie ha de regresar, pero hoy el viento se ha sentido caprichoso y ha levantado un viejo papel. La fecha está borrosa pero no es importante, nadie lo leerá jamás.

En la ciudad de la gran muralla, una mujer sola, la última entre los últimos, espera la muerte. Ignora todo, también la existencia de aquella ciudad que hoy abriga el polvo. Su mundo no ha tenido horizonte, el gran muro fue el Finisterre de la sociedad feliz en la que nació y creció, fue su único límite conocido. Escucha el silencio. Nunca leerá el viejo papel, nunca leerá nada... nunca leyó nada.

Horas después, el último cuerpo se enfría en la butaca y el viejo papel sigue con sus caprichosas piruetas a merced del viento. Fue hace cientos de años...

CAPÍTULO 1

Querido ÉBOLA:

Espero estés bien tras instalarte en África. Yo ando ahora por Europa dando guerra, como te habrás enterado ya por los medios, pero estoy pensando en saltar a América ahora que viene el calor hacia esta parte. Donde mejor me encuentro en este momento es en Italia y España... son gente divertida, siempre en las calles: las terrazas, los bares, el sol... cualquier excusa vale para una *manifa*, el fútbol, las iglesias... Todo un festín para mí.

No veas, son un desastre. Aterrorizados pero incapaces hasta de hacerse con mascarillas en los mercados (voy a acabar infectando a todos los sanitarios de sus hospitales), he oído que les han timado con los tests, no tienen camas para todos los enfermos que les envió, las funerarias no dan abasto y los muertos andan por los recintos feriales en filas interminables... Esto es una fiesta para mis aminoácidos, te lo juro. Estoy montando una catástrofe que pasará a la historia: contando con

que la vacuna aún tardará en llegar, puedo llevarme por delante más de la mitad de la población de las orillas del Mediterráneo. La cuna de la democracia, el alfabeto, el imperio romano, los tercios de Flandes, los faraones, el judaísmo, el cristianismo, el islam... Toda la cultura en que se basa el mundo occidental me la mando al carajo.

Solo siento algo de lástima por los humanos viejos, allí solitos en sus camas frías ahogándose... me hubiera gustado no entrar en esa parte del juego, nadie merece esa muerte, pero, bueno, nosotros vivíamos felices con nuestros murciélagos en el bosque hasta que llegaron ellos con sus máquinas que hacen temblar la tierra y nos expulsaron de nuestros hábitats milenarios. Luego, el hambre nos debilitó (en las ciudades solo hay basura) y entonces encontraron divertido cazarnos, enjaularnos y comernos, así que yo entré con ellos en sus cuerpos y me quedé en sus pulmones para destrozarlos.

Ahora están aterrorizados. Se mueren por miles y yo estoy feliz, mi único problema es el calor y la vacuna.

Hasta siempre. Espero no tener que mutar demasiado pronto y volver a escribirte.

Un abrazo.

COVID-19

Esta nota fue encontrada por unos niños en una ciudad fantasma y lo guardaron entre las páginas de un libro.

Era un recorte de periódico de los años de las pandemias. No estaba firmado por nadie y, de todas formas, ya no importaba. Los sucesos que ocurrieron antes y durante la terrible pandemia a la que sucedió la gran hambruna, ya no formaban parte de la memoria colectiva. En la sociedad del tercer orden, se habían ido borrando, durante generaciones, aquellos hechos de la memoria colectiva. Tan solo se había permitido que sobreviviera el miedo ancestral de la sociedad humana a los virus.

CAPÍTULO 2

En el principio (que no sabemos si es en realidad el principio) era el universo, ese término abstracto en sí mismo pero que nos empeñamos en concretar dándole forma más o menos ovalada y cambiante en razón de las personas, la imaginación, la cultura o la edad. A mí, por ejemplo, se me representa siempre como un globo que no para de hincharse nunca. Bien, pues en un principio ese universo era el caos, un montón de partículas, átomos, electrones, neutrones, neutrinos, etc. enloquecidos jugando a carreras y choques y que, cuando conseguían estrellarse contra otra partícula, a veces se quedaban literalmente pegados mediante enlaces que actuaban como cuerdas amorosas y que con la energía del choque emprendían una nueva carrera juntos. Así, choque tras choque, se fueron formando extrañas moles incandescentes que pululaban entre enloquecidos átomos que, dicen los científicos, aún siguen corriendo por ahí y haciendo del universo un lugar o ente o espíritu de energía cada vez más grande, más eterno y más frío. De toda esta carrera surgió la Vía Láctea y miles de galaxias más, el sol,

los planetas, satélites, estrellas, asteroides, cometas, etc. que forman esta porción de universo que intentamos imaginar o creemos conocer y que, al igual que las otras porciones que no conocemos, cada vez se nos hace más grande pero esto último no gracias al caos de los átomos locos, sino a la mejora de los aparatos y lentes de los humanos que estudian el cielo desde que uno de ellos miró hacia arriba una noche estrellada intentando buscar una explicación.

Este planeta, uno de los que alberga especies vivientes y entre ellas la humana es, como otros miles desperdigados por el caos intergravitacional, de los pocos que consiguió crear la vida que conocemos a partir de la energía de las partículas que cruzan por el espacio sin rumbo, límite de velocidad ni dirección pero que se van uniendo al azar cada vez en mayor y casi infinito número y, en el interior de las moles a que dan lugar estas uniones, van perdiendo velocidad y enfriándose por fuera pero quedando incandescentes por dentro. Ese fue el origen de esto que llamamos «Tierra». La incandescencia del centro de la mole fue liberando gases al exterior como burbujas de una olla hirviendo y, entre ellos, el metano pudo quedarse en la parte líquida de esa corteza y, por puro azar, de esos charcos malolientes surgió la vida, este breve lapsus entre el caos y la muerte, desde cuya orilla yo escribo.

Esta vida fue uniendo partículas, las partículas dieron lugar a moléculas con aspiraciones a ser entes vivos y de este modo empezó lo que llamamos «evolución». Pues bien, al final de una de las varias líneas de esta evolución

estamos nosotros, los homínidos, especie brutalmente invasora que acabó adueñándose de todos los espacios del planeta. Buenos depredadores que actuaban en manada, el hecho de caminar erguidos les proporcionó unos músculos que se alojaron en su garganta y que, vibrando al paso del aire, les permitía comunicarse con un lenguaje más elaborado que el resto de las especies. A partir del momento en que descubrieron que podían hablar, nació lo que se definió como «alma racional» y a partir de ahí las religiones, la memoria colectiva, las tradiciones orales y el aprendizaje de unas generaciones partiendo de las experiencias de las anteriores registradas en el lenguaje, lo que dio lugar al principio del progreso y la cultura. Y el humano se subió al podio de los vencedores. Creó unos autoprincipios válidos para su supervivencia ajustados a su carácter gregario y su afición por la adoración a los líderes, reales o imaginarios. Algunos expertos en lo de pensar decían que no era la única especie con principios y líneas morales en su estructura social: también existen otras especies, por ejemplo entre las aves, los insectos o los mamíferos que tienen memoria colectiva de especie y hasta principios éticos que aplican en su día a día. De hecho, son incluso menos crueles que los humanos, especie que tiende a comportarse como la más genuinamente cruel del planeta, no solo con las especies diferentes, sino con ellos mismos. Y entonces se justificó esta realidad con las religiones, enseñando a sus congéneres a identificarse como hijos de un dios que les acogería en su morada tras la muerte. Claro que había otras especies cono-

cedoras de este hecho de morir pero sin tener constancia de su inexorabilidad, fue la humana la única que supo sublimar su propio miedo al final, a la ineludible vuelta al caos, con la herramienta virtual de un dios que les tendería la mano y les permitiría eludirlo llevándolos con él. E intentando que el dios de cada tribu fuera el mejor entre todas las tribus, se mataron entre ellos durante miles de miles de años en lo que fue el primer orden mundial y que, de hecho, siguió vivo durante todo el segundo orden, a los diez mil años más o menos de la aparición del primer animal erecto en el planeta.

Este segundo orden fue el sueño de la igualdad y la justicia que los humanos unieron en una bella palabra: democracia. En todo el territorio que rodea al viejo mar, en el sur de la misma Europa que es ahora cuna y territorio del tercer orden, aquella sociedad dio vida a esa hermosa utopía que aún intenta alcanzar entre sus leyes y normativas, entre una maraña de religiones, tradiciones y culturas diversas provenientes de las distintas tribus que la integran.

Ese sueño de belleza entre los hombres iguales y libres, tomó vida en las mismas ciudades y a las orillas de los mismos ríos y mares que hoy asisten indiferentes a los avatares de nuestra historia como humanos que es también la del planeta. Gira con él, verdugo y víctima, mientras van caminando juntos por los espacios temporales de la memoria colectiva de la especie gracias a la conservación y el valor del habla, del canto, de la escritura, de las palabras habladas y de la música, ideada para acompañar al poema o quizás anterior a él: un sueño de belleza caminando junto a toda

una mole procedente del loco trajín del caos del universo, girando miles de años por las rutas de unas melodías dibujadas al abrigo de un pequeño órgano escondido en las gargantas de los individuos de una especie, unos musculitos que vibran con el aire y permiten los sonidos que ellos modulan produciendo palabras. Y entre estas palabras, «alma» y «libertad», dieron lugar a la más bella de las utopías: la de unos humanos iguales en una democracia real.

Y fue precisamente buscando esa realidad como se llegó a negar a los niños y niñas del tercer orden el derecho a ser y pensar libres, el derecho a la imaginación y la curiosidad en una sociedad en la que la imagen intentó por todos los medios al alcance del poder sustituir a la palabra. Sin ella, el razonamiento perdía su fuerza y así, entre pantallas y *tablets* la capacidad de imaginar escenarios fue haciéndose innecesaria. La evolución siguió su curso y esa parte del cerebro humano que la albergaba fue disminuyendo hasta desaparecer, la historia humana anterior a la catastrófica pandemia fue diluyéndose en el tiempo sin que nadie se preguntara qué había antes de ellos, las miles de especies animales y vegetales que aún poblaban el planeta lejos de los muros levantados por el tercer orden desaparecieron también del imaginario colectivo sin que se preguntaran sus ciudadanos qué había antes y, aún más, si existía algo vivo o inerte más allá de los muros. Y sin imaginación ni inquietud de saber, la sumisión fue conformando una sociedad desligada de los lazos familiares y de tribu. Al fin, se había conseguido la paz social casi absoluta.

Antes de aquello, durante el segundo orden, aquellos cachorros humanos llegaron al convencimiento de ser los únicos dignos de vivir en el planeta e, inmersos en ese convencimiento suicida, fueron sometiendo al resto de las especies para su uso y beneficio primero y más tarde para complacer sus ansias de tortura. Se dedicaron a producir comida a partir de las más mansas, las especies herbívoras, fáciles de domesticar por su bondad congénita y con el tiempo fueron necesitando más y más carne, porque su población había crecido desmesuradamente y para ello no dudaron en hacer de aquellas granjas centros de tortura y crueldad sin límites ni fondo. Los animales nacían y morían en el infierno, entre el sufrimiento y el miedo. No bastando con eso, se dedicaron a expoliar al planeta que les albergaba. En su insolencia, modificaron el cauce de los ríos, excavaron su corteza para extraer riquezas, ensuciaron el aire hasta hacerlo irrespirable e infringieron heridas a la naturaleza de las que, en muchos casos, no pudo recuperarse y ese desbarajuste fue el origen de catástrofes que dieron lugar a pandemias y, más tarde, hambrunas. Fue el grito de dolor de la tierra el origen de la casi desaparición de la especie humana en el segundo orden.

Los próceres que dieron forma al tercer orden eran niños en el tiempo de las pandemias y la hambruna. En sus mentes infantiles quedó grabada la desgracia como consecuencia de esta crueldad suicida. Nunca pudieron olvidarlo.